

Una Nueva Manera de Ser Iglesia

Eduardo Font

Ponencia presentada a pastores en la Asamblea anual de la Convencion Bautista Hispana, Primera Iglesia Bautista Mexicana de Los Angeles, 12 de agosto del 2002.

Ayer concluimos diciendo que la iglesia, como cuerpo de Jesucristo, continuará anunciando el mismo evangelio pero deberá situarse frente a esta nueva manera de ser mundo buscando nuevas maneras de ser iglesia. Quisiéramos hoy explorar someramente algunas posibilidades. Antes, sin embargo, repasemos tres maneras de ver el mundo a través de la historia.

TRES COSMORAMAS

Como decíamos, vivimos en una nueva manera de ser mundo; pero además debíamos agregar que vivimos en una nueva manera de interpretar ese mundo.

Robert N. Nash, Jr., en *An 8-Track Church in a CD World: The Modern Church in the Postmodern World*, divide la historia de la humanidad en tres épocas: la pre-moderna, la moderna y la post-moderna.

La época pre-moderna iría desde los comienzos de la humanidad hasta 1700. Durante ese período el ser humano no tenía control de la vida y sólo la podía explicar en términos sobrenaturales. Todo, lloviera a su tiempo, hubiera buena cosecha, u ocurrieran inundaciones, terremotos u otros desastres naturales, todo se explicaba como actos divinos para bendecir o para castigar a la humanidad. Los actos humanos airaban o aplacaban a los dioses (p.13).

La iglesia durante sus primeros siglos explicaba el mundo, junto con otras religiones, con una mentalidad pre-moderna. Con la ascensión de Constantino al trono romano y su conversión al cristianismo, la iglesia pasó a ser la intérprete pre-moderna dominante en el mundo occidental. Durante la Edad Media, la religión cristiana siguió unida al poder político, militar y económico, proyectando el sentir que ir contra ella o contra Dios era provocar desastres y la maldición sobre los seres humanos (p.14).

La época moderna. Los primeros esbozos de modernidad se inician con el Renacimiento (1600); la modernidad se extiende hasta 1960. Con el Renacimiento el ser humano pasa a ocupar el centro del mundo, sustituyendo a Dios. El control del saber humano dejó de estar en manos de la iglesia. Los descubrimientos científicos propulsaron el poder de la mente y comenzaron a explicar los

fenómenos de la naturaleza por medio de leyes físicas. La iglesia fue destronada. Dios siguió siendo respetado por ser el autor de esas leyes, pero el hombre ahora podía depender de las leyes.

Con la llegada del Iluminismo, la mente humana acabó por imponerse, por ser la fuente del saber y la que podía explicar verdaderamente la realidad y tener control del destino de la humanidad; la razón, la ciencia, fueron entronizadas. Hasta se buscaba que la Biblia fuera interpretada racionalmente. Al ir la razón y la ciencia adquiriendo hegemonía, el cristianismo iba siendo relegado. Los milagros, las sanidades, la resurrección, defendidos fácilmente en la época pre-moderna, difícilmente eran creíbles para la mentalidad moderna (pp.15-16).

La tercera época es la post-moderna, que va desde 1960 al presente. No se puede precisar a ciencia cierta, cuándo la postmodernidad se impuso a la modernidad. Varios acontecimientos, como las dos guerras mundiales, Hiroshima y Nagasaki, el Holocausto Nazi, Chernobyl, convencieron al mundo que la mente humana sola no podía resolver ni evitar los problemas de la humanidad. Por otra parte, el entendimiento racional del mundo y de la vida chocó con la verdad de la religión, generando dudas en cuanto a la existencia de una sólo verdad religiosa o de un entendimiento racional del mundo que pudiera explicar el universo (pp.17-18).

William C. Placher, en *A New Handbook of Christian Theology* (de Donald W. Musser y Joseph L. Price, Eds.), considera a Friedrich Nietzsche cómo el profeta del postmodernismo. Indica que “cuando Nietzsche dice: ‘Dios está muerto’, desafía no sólo la religión. Niega que haya una sola ‘verdad’ o ‘moral correcta’ o ‘significado de la historia’” (p.373).

Más y más personas en nuestros días piensan que la verdad científica acerca del mundo no es la única verdad. La ciencia aunque ha avanzado increíblemente tiene sus limitaciones. Hay verdades sobre las cuales no puede opinar. Filosóficamente hablando la postmodernidad es la denuncia y la crítica de la razón ilustrada. De pronto, nuevamente la gente está interesada en lo sobrenatural.

Sin embargo, dice Nash, la iglesia, tomada de sorpresa, en general todavía no ha reaccionado y continúa operando en el mundo modernista. Las iglesias tradicionales abogan por un sistema de creencias racional basado sobre una Biblia verificable científicamente. La adoración es muy ordenada y carente de espontaneidad. En la escuela dominical se defiende la fe contra la ciencia. La iglesia se enfoca en las verdades acerca de Dios; mientras que la gente clama por una experiencia con Dios (p.18).

OTROS RASGOS DE LA POSTMODERNIDAD

El término postmodernidad. Es oportuno señalar que la postmodernidad como término es polisémico; o sea, tiene varias significaciones. Puede ser una actitud o una ideología; una filosofía, un estilo o una condición ineludible. Hay quienes la relacionan con la arquitectura y quienes la relacionan con la literatura y el arte.

La postmodernidad es una época nihilista; o sea, los valores supremos pierden validez. Dice Erwin Silva que “la ética está separada de la política y de la ciencia” (“Ética, Postmodernidad y Globalización”, www.uca.edu.ni/ellacuria/postmode.htm, 12 de dic.del 96). Creo que podríamos agregar que hasta cierto punto también la ética está separada de la religión. Silva continúa diciendo que porque estamos en un tiempo en que los absolutos están muy desacreditados, el ser humano ha caído en la actitud nihilista. Esta se experimenta sobre todo en el mundo europeo y el anglosajón (p.3).

Para Hans Küng el postmodernismo es una superación del modernismo, de allí que proponga que la ética deba asumir una nueva dimensión, una dimensión global. Lo propone partiendo de que porque el mundo vive bajo la amenaza de problemas que afectan a todos (irresponsabilidad ecológica, el hambre, la guerra, el terrorismo, epidemias), se requieren soluciones globales inspiradas en una ética global (Silva, p.4, de Hans Küng, *Proyecto de una ética mundial*, Madrid, 1993, pp.15-121).

Cuando Silva indica que la actitud nihilista es más marcada en el mundo europeo y en el anglosajón, menciona que aunque afecta también a Latinoamérica, ésta vive principalmente en la época moderna. Dice: “estamos en la tarde de un día que ya pasó” (Silva, p.3). Esta coexistencia de épocas queda muy bien ilustrada en la obra de Alejo Carpentier, *Los pasos perdidos*.

El tiempo aión. Silva, citando al filósofo Gilles Deleuze (p. 3, de Gilles Deleuze, *Lógica sentido*, Barcelona, Paidós Studio, 1989, pp. 170-175), dice que otro rasgo del postmodernismo es la vivencia del tiempo aión. En ese tiempo, el presente es la intersección del pasado y del futuro y aión es el instante sin espesor. Esto ya lo notábamos en el capítulo anterior al hablar del futuro que nos llega como un convoy sin parada en la estación del presente (Una visión del mundo). El resultado de tal percepción es una actitud epicúrea hacia la vida; sin presente todos los valores se relativizan.

Después de haber someramente repasado estos tres tiempos del entendimiento humano de sí mismo y de su entorno, volvemos a reiterar la afirmación con que iniciamos esta presentación: la iglesia de Jesucristo sigue teniendo el mismo mensaje y la misma responsabilidad de cumplir su misión. Nash señala que la iglesia tiene tres obligaciones principales, que son las que siempre ha tenido, ofrecer la verdad de la gracia y amor de Dios a su cultura, desarrollar la vida espiritual de sus miembros, y proveer un lugar de comunidad que refleje el reino de Dios (p.19). El evangelio de Mateo lo resumiría en lo que conocemos como la gran comisión.

Sin embargo, un mensaje no debe confundirse con el vehículo usado para llevarlo a destino. Nosotros todavía podríamos transportar nuestro cuerpo a nuestra oficina con el auto que manejábamos antes de 1970; pero estoy casi seguro que nos hemos actualizado alegando que ya no podíamos depender más de él. Para comunicarnos con nuestros prójimos no hay como hablar el mismo idioma. ¿Podemos como iglesia seguir hablando un lenguaje casi ya extinto? ¿Podemos como iglesia continuar usando un vehículo que no nos garantiza poder llevarnos a destino? ¿Podemos seguir usando el mismo estilo, manera, de ser iglesia que usaron nuestros padres o abuelos espirituales y estar seguros que estamos llegando a nuestro mundo, particularmente a nuestra juventud y niñez? ¿Podemos seguir pastoreando de la misma manera que se pastoreaba a una humanidad moderna o pre-moderna?

Quizá pueda argumentarse ¿por qué no? Quizá también pueda contestarse, por que las modalidades que nos sirvieron en épocas pasadas parecen no funcionar. El evangelio es el mismo. Jesucristo es “el mismo hoy, ayer y por los siglos.” Tiene el mismo poder, su misión no ha cambiado. Entonces, ¿qué sucede? ¿Por qué la iglesia, a pesar de sus esfuerzos, sigue perdiendo terreno en los EEUU? Dice George Barna, en su libro *The Second Coming of the Church* (Word Publishing, 1998), “La iglesia en América está perdiendo influencia y adherentes más rápidamente que cualquier otra institución grande de la nación. Al menos que se adopte e implemente pronto una solución radical para el avivamiento de la iglesia cristiana de los EEUU, el hambre espiritual de los americanos quedará sin ser satisfecha o lo será por otros grupos de fe” (p.1).

UNA NUEVA MANERA DE SER IGLESIA

Creo intuir que, hoy y aquí, nuestro mundo y nuestro entendimiento del mismo, de los pueblos y de la vida requieren que revisemos nuestras estructuras, nuestros

programas, nuestras prioridades, nuestras acciones y la práctica de nuestros ministerios. Voy a explicarme.

Una nueva manera de ser pastor.

Una nueva manera de ser iglesia requiere en primer lugar una nueva manera de ser pastor, pastora. Muéstreme el pastor/a y tendré una idea de su iglesia. Nuestras congregaciones están en gran medida determinadas por el liderazgo de las mismas. Dice John Maxwell en su libro *The 21 Irrefutable...* que el pastor es la tapa de la iglesia. El pastor no la deja crecer más de lo que él o ella ha crecido (p.). ¿Conecta el pastoreo de nuestros pastores/as con el mundo postmoderno?

La espiritualidad. El primer paso que el pastor/a debe dar es revisar su espiritualidad. Debe revisar la calidad de su relación íntima con Dios.

Aunque es incómodo hablar a pastores sobre este tema, la realidad nos dice: “Mire, el que piensa estar firme, no caiga”. Nadie está exento de la tentación. No caen los que están trabados de la mano de Cristo, quien los sostiene por gracia y amor; los demás, cual Pedro, necesitan clamar: “Señor, sálvame”.

Todo lo que decíamos al hablar sobre la espiritualidad se aplica en primer lugar al ministro del evangelio. Los diarios han hecho mucha noticia de los yerros de quienes han predicado sobre la santidad. Lo que el pastor/a predica es lo que debe vivir. El profesionalismo del pastor, con el transcurso del tiempo, se presta en manos del Tentador para despojar al pastor de ciertas sensibilidades espirituales y morales. Me temo que muchos pastores, y pastores bautistas, no vivamos enteramente lo que aconsejamos y predicamos.

Este es un tiempo que demanda de los ministros genuinidad, transparencia, santidad; ser lo que pretendemos ser. El ser ministros no nos pone por encima del evangelio. El que “yo también soy humano” o el que “no me considero ser pietista” son argumentos que funcionaban, quizá, en la época moderna, pero no hoy y nunca ante los ojos de Dios.

Para que no quede lugar para la duda de lo que pretendemos en este punto, es suficiente preguntarse, ¿cuán domesticada está nuestra lengua? ¿Cuán limpio está nuestro corazón? ¿Cuán pura mantenemos nuestra mente?, o por preguntarlo con menos sofisticación ¿Qué películas o programas de televisión disfrutamos? ¿Cómo nos divertimos? ¿Qué pensamientos que suben a nuestra mente acariciamos? ¿Qué costumbres ocultas tenemos? ¿Hay pecado en nuestra vida?

Entiendo que lo que explotan los periódicos es una desgracia para el ministerio. No es sin embargo necesario caer en pecados tan groseros para ser neutralizados espiritual y moralmente. Apunto más bien en esta instancia a “las zorras pequeñas, que hechan a perder las viñas” (Cant. 2:15); a los llamados deslices que estropean nuestros ministerios y los hacen inauténticos e ineficaces.

El evangelio se presta para vivirlo a medias, o hasta donde se pueda; pero esa no fue la intencionalidad de su fundador quien lo vivió hasta apurar la copa de la misma muerte y por nosotros. El evangelio es para ser vivido en su totalidad, todo el tiempo; incluso por los ministros. Los deslices socaban la influencia de nuestros ministerios. Decía Jesús: “Recibiréis poder”. ¿Qué ha pasado con ese poder? ¿Hay poder en nuestro púlpito? ¿Hay poder en nuestra ministración?

Morir con Cristo. El pastor/a al revisar su espiritualidad debe asegurarse que diariamente muere con Cristo y que ya no vive él/la sino Cristo en él/la. Debe recordar que es templo del Altísimo. Su ser entero, voluntad, mente, emociones, acciones, espíritu, cuerpo, todo su ser, debe estar sometido al señorío de Cristo en su vida, sin feriados y sin vacaciones.

Sinceramente amar a Dios. Debe modelar la vida de entrega y de comunión constante, real, con el Dios del cual predica y al cual invita a la gente seguir. El “amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas” debe ser una realidad observable, sincera; no pretendible. Aunque sea inteligente, el amor no es cerebral. En el amor va todo el ser. El amor palpita; hace vibrar las fibras del corazón. Es una fuerza, hasta irracional, que impele a buscar y a encontrarse con el ser amado. Al cometer deslices, ¿oímos la voz del Señor, “Eduardo, me amas”? ¿Se empañan nuestros ojos ante ese requerimiento? Que el Todopoderoso, el Inmarcesible, el Señor de señores y Rey de reyes, descienda hasta mí y me pregunte si todavía lo amo?! ¡Tanto amor de su parte y tanta indiferencia de la mía!

Siempre Dios ha esperado esto de sus siervos/as; no es que Dios está colocando requerimientos nuevos. Decimos lo que decimos porque el mundo al cual somos enviados, a pesar de su alejamiento de Dios, tiene hoy menos tolerancia por la hipocresía. No basta con presentar sermones bien estructurados, ni un orden de culto bien organizado; no basta con predicar bien y con demostrar haber recibido una buena educación formal. Hoy no se busca en los púlpitos un mensaje cerebral. Hoy se necesitan líderes de carácter íntegro; se aprecian aquellos que por su

ejemplo hacen creíble la verdad--muchas voces pretenden anunciar una verdad, pero nada apela tanto como el vivirla. Hoy se aprecia al pastor/a que ha pasado tiempo en la presencia de Dios y al que puede pastorear a los seres humanos llevándolos a vivir esa experiencia. La gente está interesada en lo sobrenatural. El encuentro primero con Cristo y caminar con él diariamente son experiencias sobrenaturales.

Delegar. El pastor debe revisar su administración. Pretender hacerlo todo o sucumbir a la presión de viejas maneras de concebir el ministerio, cuando se esperaba que el pastor/a debía dar el ejemplo haciéndolo todo o participando en todo es inoperante y detrimento a nuestro ministerio en el día de hoy. Es más productivo dedicarse a la oración y a la predicación de la palabra que gastarse o diluirse en estar en todo literalmente.

La predicación. El pastor debe revisar su predicación. Así como un mensaje netamente evangelístico queda inconcluso sin extender una invitación, de la misma manera queda truncado si no hay una aplicación de las verdades enunciadas a la necesidad del individuo. Es importante ministrar frecuentemente a la gente. Debemos recordar que el miembro postmoderno espera recibir bendición, ser ministrado.

Una nueva manera de ser iglesia

Tener una visión. Una nueva manera de ser iglesia tendría una visión. Muchas iglesias funcionan a base de reuniones, de programas en gran parte determinados por el calendario secular y a base de eventos especiales (aniversarios, cumpleaños, énfasis denominacionales, etc.). En esos casos no hay sentido de dirección. No hay intencionalidad en lo que se hace. No hay un cuadro mental de la iglesia para un futuro cercano. No hay sueños. No hay por lo tanto cohesividad en lo que hace y menos entre los departamentos de la misma. Es como una embarcación que va a la deriva. No hay nadie en el timón. El capitán es más jefe de mantenimiento que capitán. ¡Quién querrá subirse a bordo de tal embarcación? Por cierto que la persona postmoderna no lo hará.

La visión, cuando viene de Dios, en cambio, provee un cuadro mental claro de lo que Dios quiere que uno como siervo de Dios haga en esa congregación y uno como miembro de la misma. La visión no sólo trae dirección sino que también contribuye a la salud y bienestar espiritual y social de la congregación y de la comunidad y da la gloria a Jesucristo el Señor. La visión nos muestra cómo

alcanzar a las personas para Cristo y desarrollarlas en la fe. La visión genera entusiasmo, unidad, expectativa, creatividad, vida.

La espiritualidad. Una nueva manera de ser iglesia prestaría atención primordial al aspecto espiritual de la gente. Dejaría de usar tanto talento, tiempo y recursos financieros y humanos en reuniones o programas ajenos al desarrollo y bienestar de las personas. Desafiaría a todos los miembros a tomar con seriedad la vida cristiana y a vivirla como en los tiempos primitivos cuando parece que la nueva fe repercutía y operaba en todos los aspectos y esferas de la vida. La iglesia no es una comunidad para pasar un buen rato o un lugar con un ambiente sano adonde llevar a los hijos. La iglesia debe mantenerse activa en aquello por lo cual Cristo la fundó y dió su vida. La gran comisión es su misión.

Uso del poder. Una nueva manera de ser iglesia cambiaría el uso del poder. Evitaría usar la iglesia para una alimentación del ego. La iglesia no se debería prestar a ser una oportunidad para adquirir reconocimiento y controlar a otros; al contrario, debería ser una oportunidad para facultar, habilitar a quienes están en la indigencia material, moral y espiritual. La gente postmoderna no está interesada en quedarse en la iglesia para adquirir poder por el poder.

Si vamos a seguir teniendo dos clases de ciudadanos en la membresía de nuestras iglesias, invirtamos los papeles. Que los ciudadanos de primera clase no sean los que más hablan en las reuniones administrativas, ni los que presiden más comités y juntas, ni los que administran las propiedades y el dinero del Señor. Que sean más bien aquellos que producen fruto, aquellos que se prestan a ser usados por el Señor para ganar a otros y para edificarlos en la fe en Jesucristo. El trabajo administrativo, aunque muy necesario, debería reconocerse como ministerio paralelo o secundario al de predicar el evangelio. Lo administrativo debería estar supeditado al ministerio de predicar las buenas nuevas y al de discipular a los nuevos convertidos para, a su vez, ser también ellos/as, enviados a ganar y discipular a otros.

No sólo deberían invertirse los papeles en la nueva manera de ser iglesia, sino que quienes han sido llamados para “atender las mesas” deberían hacerlo como respuesta al llamado de Dios, deberían ser personas que no sólo tuvieran nociones administrativas sino que fueran “de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría” (Hechos 6:3). Quienes posean estas cualidades difícilmente se prestarán a usar este ministerio para controlar; más bien lo usarían para facilitar el ministerio de la oración y de la Palabra. Difícilmente buscarían ser ciudadanos de primera

clase; al contrario, buscarían ser instrumentos de Dios, dóciles y sumisos a Su dirección.

La gente postmoderna, por otra parte, no se contenta con ser simplemente espectadora. En una iglesia con una clase administrativa gobernante, los demás son reducidos a ser simples espectadores, a admirar el talento, la sagacidad y el don argumentativo confrontacional de estos ciudadanos de primera clase. La nueva manera de ser iglesia, en cambio, envolvería a todos sus miembros en el único negocio de la misma: ganar a otros y discipularlos para ser enviados. Una atracción clave para el miembro postmoderno es la participación.

La adoración. En una nueva manera de ser iglesia, los servicios de adoración serían una experiencia de adoración y no la creación de una obra de arte. La gente postmoderna no se interesa en adorar el servicio de adoración sino a quién el servicio de adoración va dirigido: a Dios. La gente postmoderna desea ir al templo no por lealtad denominacional o a una congregación local, sino para tener un encuentro con Dios en compañía de otros como él o ella. Los servicios debieran planearse no para ser bellos, artísticos o espectaculares sino para facilitar al adorador la entrada al lugar santísimo.

Además, quienes dirijan y participen en la dirección de la adoración y de la alabanza deberían ser personas de buen testimonio, consagradas, llenas del Espíritu Santo. Se debiera evitar en lo posible la participación de quienes carentes de una estrecha relación con Dios confundan la adoración con una simple actuación y canten, dancen o toquen un instrumento por el placer de hacerlo y no como tributo a Dios.

La innovación. Una nueva manera de ser iglesia sería atreverse a ser innovadora. Muchas de nuestras iglesias están dirigidas por personas que piensan que su responsabilidad es mantener las costumbres y tradiciones de “los buenos tiempos”. Esas tradiciones son las que en tiempos de su juventud o niñez habían sido propuestas por los líderes ancianos de entonces que a su vez eran las que recordaban de su juventud. Por eso, en muchas iglesias hoy en día es difícil encontrar jóvenes.

Ser innovadora equivale a estar abierta a nuevas ideas, a echar un vistazo al mundo actual que nos rodea con todos sus cambios, adelantos e interpretaciones de la realidad. Es adaptarse a nuevas modalidades de hacer ministerio; es incorporar los nuevos medios de comunicación a nuestros programas; es explorar nuevas formas de adoración; es experimentar nuevos métodos y estructuras.

La tradición denominacional. Una nueva manera de ser iglesia revisaría su tradición denominacional. Las denominaciones históricas y otras nacieron en la época moderna. Llegaron a ser como resultado de la Reforma y como reacción a circunstancias históricas. Esto definió los principios que las caracterizan. Sin invalidar esos principios, deberíamos admitir que la persona postmoderna no comulga con el sentido de lealtad a ellos. Por encima de las denominaciones está la fe cristiana. La persona postmoderna asiste a la iglesia que le satisface; o sea, la que le provee una experiencia religiosa, la que llena su vida, la que no espera que sirva a la institución sino que a la inversa, que ésta sirva a la comunidad. No es acabar con las denominaciones, y menos con ABC; es más bien evolucionar para ser relevante a una nueva modalidad de ser mundo.

Los programas y las estructuras. Una nueva manera de ser iglesia revisaría sus programas y estructuras. ¿Son los presentes programas, departamentos y organizaciones auxiliares de la iglesia relevantes para nuestro tiempo? ¿Facilitan la producción de frutos? ¿Son funcionales o entretenimientos para pasar un buen tiempo? ¿Estamos adaptando nuestra visión, metas y propósitos a una estructura existente o adaptamos la estructura a una visión? ¿Pesa más la estructura que la misión o la misión que la estructura? En otras palabras ¿cuál es la razón de ser iglesia? y ¿cuál es la mejor manera de organizarnos para cumplir ese objetivo? Las organizaciones, estructuras y programas no debieran entorpecer la tarea de la iglesia a la cual fue llamada.

Desarrollo del liderazgo. Una nueva manera de ser iglesia prestaría suma atención al desarrollo y entrenamiento de todo nuevo convertido. Uno de nuestros problemas es la retención de los nuevos convertidos. Decimos que se van por la puerta de atrás. Una manera de cerrarla es confirmarlos inmediatamente en la profesión de fe que han hecho. La meta frente a todo convertido es que Cristo sea formado en ellos (Gál. 4:19). Esta tarea no termina hasta que esto suceda. Una nueva manera de ser iglesia desarrollaría un cuidadoso programa de consolidación.

La responsabilidad de la iglesia hacia una persona no termina cuando ésta es ganada para Cristo; podríamos decir que es recién entonces cuando verdaderamente comienza. Los nuevos creyentes no deben ser abandonados al momento de nacer. Nuestra responsabilidad no termina cuando dan el primer grito de llegada al mundo del reino. Abandonarlos allí sería asesinato espiritual. El cuidado de esas nuevas criaturas en Cristo no es opcional; es crucial. Alguien debe ocuparse de ellos prodigándoles el cuidado requerido para que crezcan y maduren sanos en la fe.

Otro de nuestros problemas es el desempleo eclesiástico. El sistema de las iglesias modernas fomenta el desempleo y el “welfare”. La mayoría de los miembros no tienen una responsabilidad asignada. Vegetan en las bancas de nuestros templos. El postmoderno para tener satisfacción no únicamente desea escuchar; necesita realizarse como cristiano. Una nueva manera de ser iglesia consideraría a cada nuevo convertido y a cada miembro de la iglesia un líder. Para que esto suceda, lo entrenaría y lo pondría a liderar en el ministerio de ganar y discipular. O sea, de esta manera todos son líderes y todos son discípulos; todos reciben y todos dan. La iglesia debería invertir generosamente recursos financieros y humanos en el entrenamiento de sus miembros. La nueva manera de ser iglesia dependerá fundamentalmente del ministerio de sus miembros. Todos pastorearán y todos serán pastoreados.

Conclusión. Al examinar nuestro acervo espiritual como latinos de esta nación, al tratar de ofrecer un microcosmos de la nueva manera de ser mundo hoy, y al proponer algunos componentes y características de la nueva manera de ser pastor y de ser iglesia, he querido ilustrar que estamos como ciudadanos del mundo y como ciudadanos del reino de los cielos, al filo de un momento histórico de ciclópeas magnitudes para la salud de las naciones. El privilegio inmerecido de hacer la diferencia en los seres humanos, en los pueblos y naciones ha sido confiado a nuestras manos. ¿Estaremos entrando en un milenio funesto para la humanidad o en un tiempo glorioso para la iglesia de Jesucristo?

Si creemos que como mundo vamos bien y que como iglesia estamos haciendo lo que de nosotros Dios espera, sigamos adelante así como vamos. Pero, si creemos que la humanidad lleva una carrera y dirección peligrosas y que como iglesia somos complacientes, el momento ha llegado para que, aún arriesgando nuestra reputación y nuestros presentes ministerios, radicalmente devolvamos al evangelio que modelamos “el poder de Dios para salud a todo aquel que cree” y a la iglesia de Jesucristo el arrojo de los mártires de la fe por amor a Dios y a Su mundo.

Sea cual fuere nuestra posición, recordemos que somos llamados a predicar a tiempo y fuera de tiempo la esperanza del mundo: Jesucristo. Como protagonistas en el escenario de los últimos tiempos, quiera Dios que seamos hallados fieles delante de Aquel que viene presto.

Así sea.